Cultura Chinchorro
Del silencio a la eternidad

UNIVERSIDAD DE TARAPACÁ
Arica-Chile 2014

UNIVERSIDAD DE TARAPACÁ
Universidad de Verdad

Cultura Chinchorro
Del silencio a la eternidad

Universidad de Tarapacá

Rector: **Emilio Rodríguez Ponce**
Director de gabinete: **Álvaro Palma Quiroz**

Editora de contenidos: **Ada Angélica Rivas**
Editora general: **Victoria Espinosa Santos**
Editor científico: **Bernardo Arriaza Torres**
Arte y diseño: **Félix Farías Correa**
Impresión: **Andros Impresores**

Arica-Chile 2014

Cultura Chinchorro

Del silencio a la eternidad

Los chinchorros quedaron con los ojos abiertos, para mirar el futuro, imperecederos, sin temor a la muerte física; la que apareció en forma prematura o en edades de adultos jóvenes, porque rara vez los chinchorros llegaron a la vejez.

En apariencia, simples pescadores, cazadores y recolectores que no obstante, lograron una concepción del mundo, de la vida y la muerte que se adelantó en miles de años al resto de las sociedades avanzadas. Fueron los primeros en la historia de la humanidad en momificar a sus muertos.

En efecto, reconocer la cultura chinchorro implica asimilar 10 mil años de historia, los que conviven bajo las capas ocres del desierto del norte de Chile, desde el puerto de Ilo hasta punta Patillos, cerca de Antofagasta, dejando una historia intrigante sobre las prácticas funerarias de este pueblo. Dejando una estela de dudas, esperanzas, y una mirada que funde presente y pasado en un destello.

El tiempo invertido en preparar los restos de sus muertos, implicó ceremonias complejas que se pueden extrapolar a varios días. El sentido de esta tarea de convertir los cuerpos en momias negras, rojas o con pátina de barro, fue sobrevivir al tiempo, a través de sus técnicas de momificación artificial compleja, única en el planeta. La belleza de su trabajo revela también verdaderas obras de arte y un sentido de la estética simplemente superior.

Durante miles de años, la cultura chinchorro durmió envuelta en esteras de totoras, hasta que el primer hallazgo de una momia revolucionó los ámbitos sociales y científicos. Así, casi por casualidad, recién se empezó a generar la información de esta cultura, de la cual cada vez existe mayor conocimiento.

A nivel nacional y, más allá de las fronteras, la cultura chinchorro fue posicionándose por sus peculiares sistemas de preservación de los cuerpos, dándoles el regalo de la eternidad. Poco a poco, en Arica y alrededores, el concepto y toda la carga semántica que conlleva esta cultura empezó a ser popular en los distintos ámbitos, hasta lograr que la colectividad presente sienta orgullo por sus antepasados.

En esta perspectiva, la Universidad de Tarapacá tiene el privilegio de colaborar en su custodia, su puesta en valor y difusión, a través del capital humano que fue creciendo y desarrollándose, a la par con el conocimiento científico sobre este pueblo de pescadores recolectores.

A través de este bello libro de difusión, deseamos que conozcan nuestro pasado milenario, admirable porque con tecnologías simples los chinchorros lograron el corte de un bisturí, en el lugar exacto del cuerpo.

Nuestra cultura es milenaria, sus reflexiones y expresiones son claramente adelantadas a su tiempo; y su valoración por la estética es un ejemplo de que la vida es bella, eterna, y plena de armonía.

Emilio Rodríguez Ponce

Doctor en Ciencias Económicas y Empresariales
Doctor en Ciencias de la Educación
Rector de la Universidad de Tarapacá

Contenido

Capítulo 1 - La vida detrás de las máscaras 07

Capítulo 2 - El ritual de los faldellines 37

Capítulo 3 - Rostros de colores para mirar la muerte 67

Capítulo 4 - Los eternos niños chinchorro 89

Capítulo 5 - Caleta Camarones, donde el tiempo se detuvo 105

Capítulo 6 - Universidad de Tarapacá. Custodios de un tesoro 119

Capítulo 1

La vida detrás de las máscaras

Los colores ocres en todas sus gamas, la alta radiación solar y los suelos salinos, que forman el paisaje desértico costero del extremo norte de Chile, fueron el mejor escenario para quienes lo habitaron hace 7 mil años a.C. En este país sudamericano, ubicado al sur del mundo, se concentró una cultura que, gracias a su contexto natural, logró traspasar la barrera del tiempo y eternizarse desde su silencio, para decirnos hasta el día de hoy, que su arte, detrás de la momificación ejercida, es único en el mundo.

Los cerros desiguales, que daban paso a las orillas vertiginosamente azules del océano Pacífico, albergaron a un pueblo que representa a una sociedad andina temprana, el cual empezó a escribir su historia, mientras cazaba y recolectaba lo que la naturaleza le ofrecía en forma generosa. Además de la abundancia de alimentos, existía un clima de soledad acompañada, donde este grupo sólo convivía con sus pares en una inmensidad geográfica alterada por su cotidianeidad, consistente en tareas domésticas de sobrevivencia y sus rituales de preparación de los restos mortuorios de quienes fallecían.

Detalle del cinturón de un cobertor público hecho con fibras vegetales.

Tras la apariencia de una vida tan simple, como la escasa vestimenta de juncos tejidos y las mínimas joyas de conchas de nácar, se sustentó la filosofía de la eternidad, en manos de expertos que preservaron a sus difuntos con técnicas especializadas, que sugieren conocimientos en anatomía, disección y disecación de cuerpos. Es lo más destacado de la cultura chinchorro, la destreza para intervenir los cuerpos y desarrollar un elaborado sistema de momificación.

Todo ello, sin grandes herramientas más que los cuchillos líticos, que pulían hasta darle la forma y el borde necesario para cortar piel, carne y tendones. Como consecuencia obtenían un esqueleto desprovisto de las partes blandas para cubrirlo de maderos, cañas, tejidos de juncos y tierra de colores.

Brochas de fibras vegetales usadas para pintarse el cuerpo.

Concha usada como recipiente para el óxido de fierro para pintar los cuerpos.

Mortero para triturar pigmentos de colores.

Desde las tierras altas a la costa

Esta población, cuyos antepasados provenían de las tierras altas y subsistía principalmente de lo que obtenía del mar, hoy es conocida como cultura chinchorro, gracias a que las primeras momias fueron descubiertas por un estudioso alemán en una playa que posee el mismo nombre en Arica, ciudad ubicada al extremo norte de Chile y fronteriza con Tacna, Perú. Su singularidad está dada porque sus momias artificiales son las más antiguas del mundo, ya que su data ha sido determinada en 2 mil años antes que las egipcias.

Se estima que el altiplano es el lugar donde se originan los chinchorros, los cuales por diversas razones se trasladaron a los sectores costeros, entre ellas, la sobrevivencia, gracias al clima y la seguridad alimentaria.

La costa fue un lugar de cobijo, ya que sus cerros cercanos y las cuevas naturales formadas por erosiones milenarias, ofrecieron la posibilidad que allí se asentaran y se fueran quedando por mucho tiempo. Prueba de ello son los cementerios de entierros masivos, ubicados de preferencia en las partes altas, especialmente en el sector del Morro de Arica, donde se han encontrado más de 300 cuerpos con distintos tipos de momificación. Debajo de las capas terrestres de este sitio funerario, hay más cuerpos chinchorro que yacen hace miles de años junto a su historia,y es probable que continúen por siempre en su sueño eterno.

Este grupo de pescadores recolectores, gracias al contexto geográfico y a la abundancia de fauna marina del litoral, desarrolló herramientas de uso cotidiano, las cuales hoy pueden reconocerse como tecnologías ancestrales, haciéndose expertos en la pesca y recolección de bivalvos. Confeccionaban distintas herramientas como anzuelos de conchas y cactáceas, arpones labrados, pesas y otros, para cazar las diversas especies que les permitían vivir.

Alrededor del mar generaron múltiples actividades que les permitieron establecer sus viviendas y su cotidianeidad, consistente en el hábito milenario de limpiar y desconchar los mariscos con huesos de costillas de lobos marinos, dejando vestigios de capas de conchales, siempre en el mismo sitio, los que aún pueden ser observados en algunos lugares.

Nunca trabajaron la cerámica utilitaria, ni el arte del metal fundido para elaborar artefactos, como tampoco hicieron tramas en telares, situación asociada a otras culturas consideradas como más complejas. Sí se preocuparon de tejer la totora, extraída del agua dulce de los ríos que bajaban de las alturas, especialmente del río Lluta. Grandes esteras de juncos para envolver los cuerpos aún sobreviven al paso del tiempo, también los faldellines, una especie de taparrabos.

Recreación de la cotidianeidad de la vida de los chinchorros.

Paisaje desértico costero en que habitaban los integrantes de la cultura chinchorro.

Cuando el desierto es un aliado

A través del tratamiento de los cuerpos lograron dejar vestigios de sus formas de vida, gracias a la tierra árida, propia del desierto de Atacama, que logró mantenerlos en buenas condiciones por miles de años. La salinidad de esta zona, fue el mejor medio con el que pudieron contar para preservar los restos humanos hasta el día de hoy.

La muerte no significó el fin de su existencia, más bien idearon sistemas para mantenerse conectados con el mundo terrestre. El trabajo técnico en torno al arte de la momificación intencionada, implicó sacar órganos internos y reemplazarlos por diversos materiales, y así mantener sus formas originales. A través de estas técnicas de preservación se daba inicio a un milenario viaje, más allá del tiempo.

Esta cultura de entierros masivos en la arena, contempla tres etapas en su desarrollo, que se extiende por 6 mil años. Como en todo proceso, va desde un incremento a una declinación e imprevista desaparición de las complejas técnicas mortuorias que perpetuaban simbólicamente la vida.

Las momias chinchorro son los cuerpos momificados en forma natural o artificial con diversas técnicas. Existen momias rojas, negras, vendadas o cubiertas con pátina de barro. Para esta práctica funeraria no se hacía diferencias de edad ni de sexo, ya que hasta los fetos eran momificados.

Los cuerpos eran mantenidos en la comunidad por un tiempo y eran sepultados en forma colectiva en tumbas poco profundas, desnudos o con cobertores púbicos que mantenían intactos los órganos genitales; además de ser envueltos en esteras vegetales o pieles de animales.

Puntas líticas.

Muchas veces eran enterrados en orden, uno al lado del otro, y en grupos, en posición extendida, acostados de espalda y con las piernas estiradas o un poco dobladas, siempre al mismo nivel. Eran acompañados por un escaso ajuar, compuesto de bienes provenientes de sus actividades de pesca y caza, como anzuelos, arpones y cestos de juncos, algunos finamente tejidos.

Piernas de una momia. Detalle de la momificación compleja.

La exclusividad de la momificación

Detalle de cráneo de momia.

No existen evidencias de momias artificiales con preparación compleja en otro lugar del mundo, de data anterior a las de los chinchorro. Las primeras aparecen en la desembocadura del valle de Camarones, Chile, aproximadamente a 115 kilómetros al sur de Arica. Pero su existencia se manifiesta a lo largo de 900 kilómetros, en la costa del desierto de Atacama, desde Ilo, Perú, hasta el sur de Cobija en la Región de Antofagasta, Chile.

Los sectores donde afloraba agua dulce, cercanos al océano Pacífico, fueron los elegidos para asentarse. Lugares propicios e ideales por el clima desértico, para sobrevivir en una época primitiva, donde no era necesario cambiar continuamente de hábitat, ya que los recursos marinos a los que tenían acceso eran inagotables y los espacios llanos no eran compartidos con nadie más.

La temperatura de la zona, donde este grupo humano decidió vivir, es excelente durante gran parte del año, oscilando en la actualidad entre 15 y 22 grados como mínima y máxima, respectivamente. En la época en que existieron los chinchorros, probablemente la sensación térmica era más grata, ya que el cambio climático ha afectado los distintos elementos del sistema atmosférico.

Otro factor, como la escasez de lluvia, permitió una vida satisfactoria a esta cultura que se mantuvo vigente por miles de años en el norte de Chile y que no contaba con adversarios de ningún tipo. Sin animales, ni insectos venenosos, podían pasar sus días tranquilos, excepto por la ausencia de una higiene básica y enfermedades que afectaron el crecimiento de la población, provocando una elevada mortalidad infantil.

Respecto a su vida sedentaria o de tránsito, existen dos teorías, una de ellas postulada por el antropólogo físico de la Universidad de Tarapacá, Bernardo Arriaza, señala que los chinchorros no se movieron mucho de un lugar a otro, pues gozaban de un clima estable, tenían agua fresca, explotaban los recursos marinos durante el año y establecieron sus viviendas y cementerios en forma permanente; además, la práctica de la momificación artificial implicó procesos que delatan tiempos invertidos en ella. La otra teoría, desarrollada por el arqueólogo de la Universidad de Tarapacá, Calogero Santoro, basada en antecedentes ecológicos, indica que esta comunidad humana milenaria organizada se movió a lo largo de 900 kilómetros, adaptándose al medio y extrayendo de éste sus recursos energéticos, para lo cual fue estableciendo campamentos temporales.

Aun cuando vivían en la costa en forma permanente, la gente chinchorro a través de los valles intercambiaba sus productos con grupos altiplánicos, por ejemplo, las pieles de camélidos y ñandú, e incluso las plumas de pájaros tropicales que aparecen en sus entierros, revelan que tenían contactos con lugares más distantes.

Momia adulta envuelto en esteras y plumas de aves marinas. Museo de sitio Colón 10.

Belleza de los cráneos deformados

Momia cubierta con pátina de barro.

¿Cómo era esta población, cuyas momias son más antiguas que las egipcias? Las evidencias revelan que eran personas robustas y de baja estatura, las mujeres con un promedio de 1.60 metros y los hombres de 1.62 metros; cabezas regulares –ni alargadas ni redondas- rostros anchos, narices y ojos pequeños. Tenían el cabello negro y grueso, el que usaban largo y suelto, solamente atado con cintillos de junco o fibras de camélido. Vivían casi desnudos; sus atuendos eran collares de conchas y esferas de arcilla.

Junto con las últimas momias chinchorro, alrededor del año 2 mil a.C. aparece la deformación de los cráneos, la cual se realizaba a los niños recién nacidos a través de ajustados y gruesos cintillos, vendas y cordeles, que les provocaban esta deformación para el resto de sus vidas. El resultado era un cráneo alargado y circularmente estrecho. La pregunta es ¿para qué se realizaba esta práctica? Se trataba de visibilizar un cierto estatus, mostrar belleza o ponerle un sello al grupo cultural, tal como lo hicieron otras culturas en el mundo.

Respecto a su organización social, a través de la conservación de los cuerpos después de su muerte, que es lo único que existe de este pueblo de cazadores recolectores primitivos, no se delata una clara estratificación social; al contrario de las momias egipcias, cuyos restos mortuorios pertenecen a un grupo de elite y provienen de una sociedad estructurada.

En cuanto a las viviendas chinchorro quedaron pocas evidencias. El escaso registro de sitios habitacionales muestra una especie de cuevas con estructura circular o semicircular armadas con piedras y rústicas empalizadas, protegidas por totoras y pieles de animales del mar. Sus tamaños variaban entre uno a tres metros de ancho. En los espacios circundantes realizaban los rituales mortuorios, usando implementos cotidianos como cuchillos de dientes de tiburón o puntas de piedra afiladas para hacer las incisiones; pinturas de tierras de colores y arcillas para cubrir los cuerpos; cuerdas de totora y palos de madera, para mantenerlos en una especie de armazón, las mismas en las que fueron encontrados miles de años después.

Durante largas tardes al aire libre, los chinchorros también fueron armando cestos y esteras de los juncos que crecían en las orillas de los ríos de agua dulce que bajaban de Los Andes, como los ríos Lluta, San José y Camarones en la zona norte de Chile. Todo un trabajo de productos utilitarios, que surgieron de sus creaciones inspiradas en la necesidad que tenían de estos artefactos.

Sabores marinos

El amplio paisaje oceánico, que tenían ante sus ojos, les generó la base de su dieta alimentaria por 5 mil años, la cual lograban con ingeniosos sistemas de pesca con anzuelos de espinas de cactus o de conchas, que pulían hasta darle el brillo necesario para atraer los lenguados, jureles y corvinas. Los moluscos preferidos eran los locos y choros, consumían algas, camarones de agua dulce y lobos marinos; también accedían a las ballenas varadas en alguna ocasión para alimentarse.

Fuera del ámbito marino, pero cerca de él había abundancia de aves, las cuales cazaban para alimentarse, los pelícanos ocupaban un lugar privilegiado. Entrando a los valles atrapaban en menor cantidad animales como guanacos y tarucas con lanzas o dardos con puntas de piedra que proyectaban con una vara. Sus pieles las usaban para cubrir sus cuerpos o para armar sus viviendas.

No está claro que los chinchorros hayan consumido sus alimentos completamente cocidos, aun cuando se encontraron fogones en los escasos vestigios de las viviendas y un encendedor compuesto por dos palos de madera que se frotaban hasta sacar chispas y prender fuego, el que usaban claramente para la preparación artificial de los cuerpos.

Mano con elemento lítico.

Adultos e infantes chinchorro con momificación artificial estilo negro.

Los dolores de los chinchorros

En este ambiente casi bucólico, los chinchorros sufrían diversas molestias, producidas por sus actividades sin mayor protección, expuestos a la humedad constante y a los distintos esfuerzos físicos a los que estaban destinados. Resultado de sus labores del buceo y la pesca, una frecuente actividad de estos pescadores recolectores, se enfermaban del oído. Estas inflamaciones e infecciones inevitables de los conductos auditivos, les provocaban crecimiento anormal de los huesos, hasta dejarlos paulatinamente en estado de sordera.

La falta de higiene y diversas enfermedades dieron como resultado una elevada mortalidad, especialmente infantil, lo que se tradujo en un lento crecimiento de la población, con esperanzas de vida promedio entre 18, 24 y 26 años, dependiendo del sitio investigado, aun cuando algunos chinchorros vivieron sobre los 40 años.

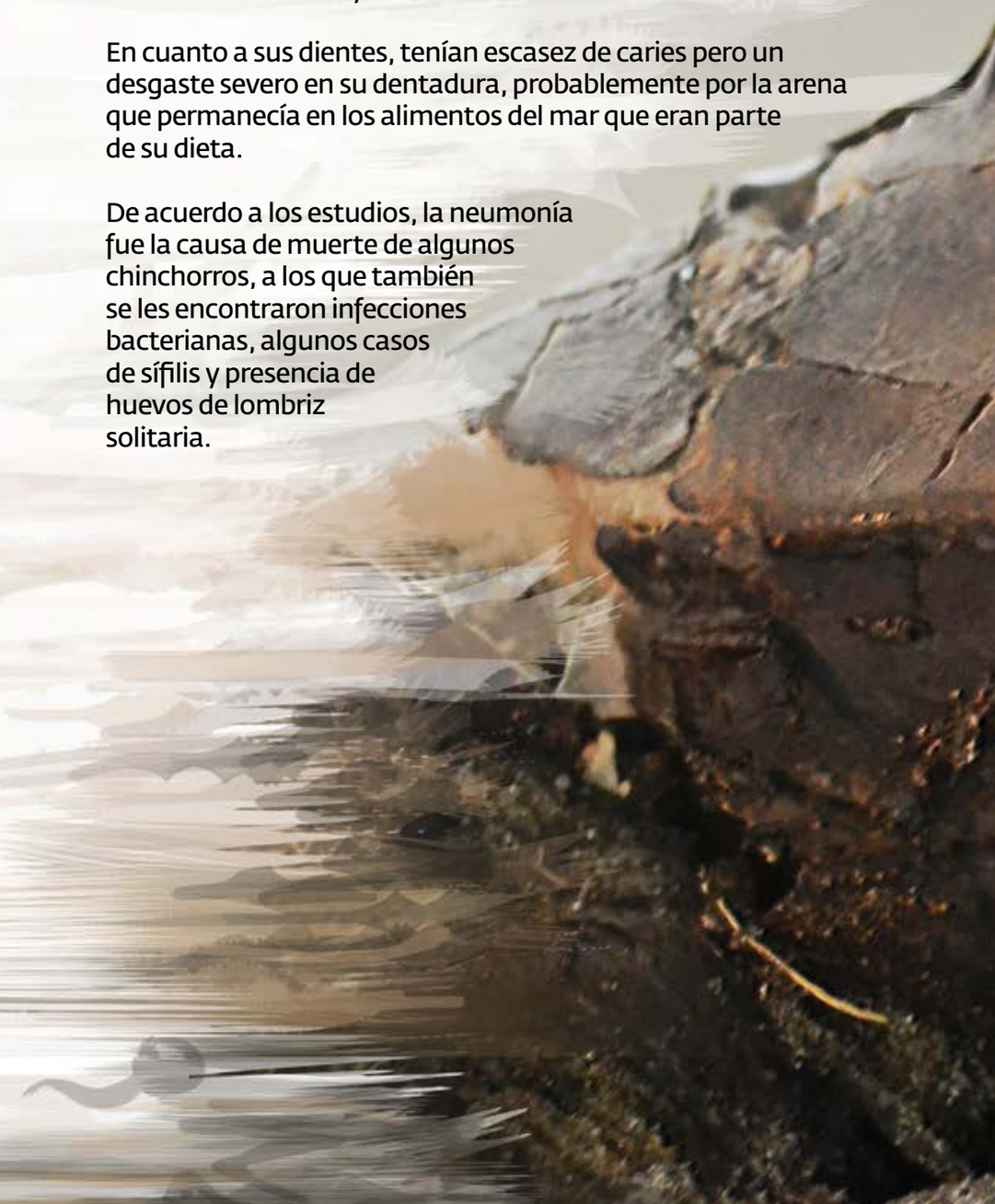
Curiosamente, de acuerdo a las investigaciones del antropólogo físico de la Universidad de Tarapacá, Bernardo Arriaza, la deficiencia de hierro en los niños, generaba una especie de lesiones porosas en el cráneo y en las cuencas de los ojos, lo cual llama la atención, ya que los productos del mar tienen una alta cantidad de este mineral.

La anemia sería resultado de las infecciones parasitarias, gatillada por las lombrices de los productos marinos, especialmente lobos y peces, los cuales probablemente eran consumidos crudos o con escasa cocción.

La osteoporosis y las fracturas a la columna vertebral, especialmente de los hombres, por la fuerza que debían usar repetitivamente en sus tareas diarias de pesca y caza, son otros de los aspectos de salud revelados en la cultura chinchorro. También, probablemente como resultado de algunas peleas o accidentes, aparecen cuerpos de adultos con fracturas y traumas en cráneos y huesos del antebrazo.

En cuanto a sus dientes, tenían escasez de caries pero un desgaste severo en su dentadura, probablemente por la arena que permanecía en los alimentos del mar que eran parte de su dieta.

De acuerdo a los estudios, la neumonía fue la causa de muerte de algunos chinchorros, a los que también se les encontraron infecciones bacterianas, algunos casos de sífilis y presencia de huevos de lombriz solitaria.



Detalle de la mascarilla negra y modelado de rostro.

Momia con desgaste severo de los dientes, debido a la arena que permanecía en los productos marinos que consumían.

Momia in situ, ubicada en los faldeos del Morro de Arica, en el museo Colón 10.

Pequeña momia estilo rojo con turbante de lana.

Lugares elegidos para el sueño eterno

Casi todo estaba tranquilo. El silencio, apenas interrumpido. El sueño eterno de algunas momias chinchorro, que duró miles de años bajo el subsuelo de Arica, llegó a su fin cuando 12 de ellas fueron descubiertas por Max Uhle, un arqueólogo alemán que dio inicio al estudio de esta cultura en el año 1917.

El sitio Morro 1 alojaba bajo sus capas estos cuerpos en posición extendida. Evidentemente, el hallazgo causó conmoción en la comunidad local, pues la zona aledaña a la población que habita los faldeos del histórico Morro de Arica, dio a conocer la existencia de cementerios milenarios en este sector, lugar elegido por los chinchorros para descansar eternamente.

Pionero en investigación arqueológica sobre esta cultura, Uhle hizo otros descubrimientos en la playa Chinchorro y, luego encontró momias en posición extendida al interior de los valles de Azapa y Lluta. El científico quedó impresionado por las técnicas usadas en la preservación de los cuerpos, registrando tres tipos: tratamiento simple (cuerpos momificados en forma natural); momificación complicada o tratamiento complejo (cuerpos tratados artificialmente, cuyos órganos internos eran extraídos, rellenando los espacios con diversos elementos); y momias cubiertas con pátina de barro (cuerpos cubiertos con una capa de barro).

Así, sucesivamente, diversos investigadores fueron aportando con hallazgos de cuerpos momificados en distintos lugares, incorporando Pisagua (Punta Pichalo); el sector de Bajo Molle y Patillos en la ciudad de Iquique, en la Región de Tarapacá; y Cobija en la Región de Antofagasta.

En 1940 se visibiliza la existencia de los milenarios conchales marinos, que son depósitos que dan cuenta de la alimentación de los integrantes de esta cultura, confirmando la gran conexión que sostenían estas poblaciones costeras con el mar.

Algunas momias, cuyas caras estaban repintadas, sugirieron a los estudiosos la idea que éstas no eran enterradas de inmediato, sino que eran exhibidas por un tiempo y, por ello, retocaban sus pinturas para mantenerlas en mejores condiciones hasta la hora de su despedida final.

Antigüedad probada

Otro hallazgo relevante, por el número de cuerpos involucrados, fue el que realizó el historiador ariqueño Luis Álvarez. En la década de los años 60 desenterró 18 momias en las playas Chinchorro y Miller, ésta última ubicada a dos kilómetros al sur de la ciudad de Arica, más ocho momias estatuillas en la playa Miller. Junto con ello, sugirió la posibilidad de la naturaleza antropófaga de los chinchorros al ver el despojo de la carne, que era reemplazada por arcilla. Nunca se ha encontrado un depósito de los restos de los cuerpos, tampoco se sabe si los tiraban al mar o los dejaban sobre la superficie terrestre.

En esta misma época se obtuvo el primer fechado radiocarbónico, una técnica de datación absoluta que logró definir la antigüedad de las momias, las que fueron descritas como un grupo de cazadores recolectores llegados desde el altiplano del sur del Perú, los cuales buscaron los mejores espacios geográficos para quedarse.

Por los años 70 los científicos encontraron en la desembocadura del río Loa una serie de cuerpos en posición extendida con sus órbitas rellenas de barro, pertenecientes al patrón funerario chinchorro, lo que vendría a corroborar que en la ciudad de Antofagasta estaría el límite geográfico de esta cultura, que se extendía a lo largo de la franja costera hasta alrededor de 600 kilómetros al sur de Arica.

Una vez conocidas las técnicas de anatomía, disección y

Pequeña momia de infante estilo rojo, cuya piel cortada en tiras se usaba para envolverla como un vendaje.

disecación de cuerpos, de algunas momias de preparación compleja, fue posible sugerir por parte de los estudiosos, que las momias chinchorro serían las más antiguas a nivel mundial en cuanto a prácticas de momificación artificial, elemento distintivo respecto a otras culturas contemporáneas.

La atención surgida en torno a las momias chinchorro provocó su desaparición junto a sus artefactos, ya que a principios del siglo XX fueron llevadas como recuerdos lejos de su hábitat por distintas personas, así que son escasas las momias desenterradas antes del año 1970 que están disponibles para ser estudiadas. No se sabe con claridad dónde se encuentran, sólo se conoce el paradero de las que están en museos nacionales y extranjeros. En el Museo de Historia Natural de Valparaíso hay cuatro momias que fueron donadas alrededor de 1915, procedentes de Arica. También existen en el Museo Nacional de Historia Natural (Santiago), Museo Regional de Iquique, Museo de Historia Natural de Valparaíso y el Museo Americano de Historia Natural de Nueva York.

Gracias a las técnicas de datación entregadas por el fechado radiocarbónico, en el año 1984 las excavaciones en la quebrada de Camarones arrojaron el año 5050 a. C. la data de una muestra obtenida directamente de una momia.

Lo que siguió después, en esta cadena del tiempo, en la década del 80, fue la exhumación de 93 momias en el sitio Morro 1 en la ciudad de Arica, de las cuales el 62 por ciento estaban artificialmente preparadas con técnicas muy sofisticadas.

La noticia se propagó por todo el mundo, llamando la atención no solamente por la antigüedad, sino por su excelente preservación y la belleza artística generada por las formas y los colores que intervinieron esos cuerpos.

Pasando la frontera de Chile hacia Perú, en la ciudad de Ilo, en el año 1991, el hallazgo de esqueletos y de un sitio habitacional relacionados con los chinchorros, extiende a 900 kilómetros el hábitat de esta cultura que durmió su sueño eterno por miles de años, hasta que fue descubierta bajo una arena tibia y de colores ocres, propios del desierto del sur del mundo.

Pequeñas estatuillas o figurinas de madera tallada y arcilla, que simulaban los cuerpos momificados.

MUSEO DE SITIO
La Capilla
MUNICIPALIDAD DE ARICA
SITIO RITUAL PESCADORES
ARCAICOS DE ARICA 4.000 a.C.

Capítulo 2

El ritual de los faldellines

Una estrecha boca de piedra se abre en forma generosa para dejar al descubierto un gran espacio oscuro, que nos remite instantáneamente a miles de años atrás, cuando los chinchorros transitaron infinitas veces este lugar, marcando y borrando huellas, hasta desaparecer junto con ellas.

Es la cueva ocupada entre los años 1740 y 840 a. C., denominada la Capilla, un centro ceremonial, cuya singularidad está dada por sus pictografías, que aún se mantienen, preservadas en la oscuridad, matizada por haces de luz y aires marinos.

Durante el tiempo en que éste fue un lugar de encuentro, los chinchorros iniciaron un proceso de cambio en su sistema de vida, estaban en la declinación de la momificación artificial. Los pescadores cercanos a los valles empezaron a dominar la tierra desde lo más básico, pasando desde una sociedad depredadora a una sociedad sedentaria y agrícola.

En este lugar fueron encontrados intactos 23 faldellines de fibra vegetal, doblados de manera similar, uno al lado del otro, como esperando el momento especial para ser usados. ¿Se trataba de un ritual que marcaría el paso de la niñez a la pubertad de los chinchorros? Es la idea que emerge del trabajo de dos investigadores de la Universidad de Tarapacá, Iván Muñoz y Juan Chacama, quienes tuvieron el privilegio de encontrar estas minúsculas y exclusivas prendas de vestir, dispuestas como una señal casi preparada para la interpretación de la especie humana venidera.

La cueva con pictografías del sector La Capilla, se ubica en el área de la costa sur de Arica a menos de 50 metros del mar. Desde ella es patente la buena accesibilidad a los recursos alimenticios costeros y también la vista privilegiada de un brazo de acantilados ocres con formas disparejas, que termina su humanidad en el agua espumosa del Pacífico. Pero no sólo eso, la cueva denota protección bajo sus aleros, que guardan secretos milenarios, cuando alguna vez se transformó en el medio apto para la sobrevivencia humana.

El sitio arqueológico, alojado en esta cueva, se ubica antes de llegar a una de las tantas curvas existentes en el borde costero, en la base de un escarpado de 700 metros de altura, perteneciente a una cadena de cerros redondeados que forman parte de la cordillera de la Costa. Hoy existe señalización, sin este dato es posible pasar sin advertirlo, pues se ubica a una altura poco accesible desde la perspectiva lineal.

La vista panorámica que probablemente tuvieron los chinchorros es la misma que hoy pueden experimentar quienes desde el centro de la entrada del sitio se detienen y miran el horizonte. Postal privilegiada en forma curva, casi estratégica y dominante de una superficie, donde el color café está al centro del azul atmosférico y acuático.

La boca de la cueva pétrea se abre como un bivalvo marino de grandes proporciones, con 21 metros de profundidad, ensanchándose en galerías perpendiculares. Adentro, y con escasa luz, se pueden apreciar algunas pinturas rupestres de color rojizo, dibujos que fueron elaborados usando la luz natural que llega desde la entrada, pues escasean donde ésta no alcanza. Soles, cruces, figuras humanas y animales son parte del ajuar ajuar que estas paredes rocosas nos muestran como legado o como regalo de esta historia que no logramos dimensionar con justicia desde el presente.

Entrada a la cueva del sector La Capilla.

Vista privilegiada desde la cueva que usaron los chinchorros como centro ceremonial.

Faldellín, prenda de vestir de los chinchorros.

Ceremonia inconclusa

El hallazgo de los 23 faldellines enterrados adrede al interior de la Capilla, una gran cantidad de ellos sin uso y en perfectas condiciones, delata una historia trunca, que quedó pendiente para siempre. Hasta el día de hoy no deja de sorprender este maravilloso descubrimiento, que implica varios otros objetos, fruto de los trabajos de excavación.

Esta especie de delantal era confeccionada en fibra de totora macerada, la cual se colgaba en un cordel torcido que se ataba a la cintura. La mayoría seguía un patrón establecido en su elaboración, la única diferencia entre ellos era la forma de amarrar el cordel que servía de cinturón.

Algunos faldellines estaban deteriorados por el efecto de restos orgánicos, pero todos se mantenían doblados y amarrados, hecho que denota una clara intención de salvaguardar esta prenda de vestir para algún acto ritual, relacionado con la ceremonia de iniciación, que implica marcar un ciclo de vida de la niñez a la pubertad.

Esta prenda de vestir era la única vestimenta usada por este pueblo de pescadores recolectores, indistintamente por hombres y mujeres. Los niños andaban desnudos o se cubrían con cueros de animales marinos o terrestres cuando tenían frío, pero al entrar a la pubertad se tapaban su natural desnudez, en este caso usaban estas armónicas protecciones de totora.

Considerando los elementos existentes en este lugar ceremonial, como el hallazgo de los bellos y artísticos faldellines; la presencia de íconos en las paredes de la cueva y la ausencia de fogones, uso del fuego y escasez de restos alimenticios, que implicarían un lugar de uso hogareño; los investigadores Muñoz y Chacama plantean que la Capilla fue un centro de culto, donde se realizaban rituales de iniciación por parte de un grupo que ya diferenciaba los espacios rituales y domésticos; y que podría tener una estructura social e ideológica organizada, tomando en cuenta los conceptos religiosos impregnados en los cementerios y la momificación artificial.

Las prácticas rituales fueron evolucionando a lo largo el tiempo hasta llegar a la Capilla, cuyo contexto humano había delineado lugares claros para sus ceremonias con cierta complejidad, traducida a los elementos encontrados, como los signos emplazados en las paredes de la cueva, que aún perduran.

En esta caverna de la zona sur de Arica, las señales encontradas vinculan a grupo de personas, probablemente jóvenes, que vivían sus momentos de cambio de la niñez a la pubertad a través de un objeto utilitario, preparado especialmente para la ocasión.

Tesoros bajo la tierra

En la Capilla fueron varios los tesoros patrimoniales encontrados, como resultado de las excavaciones efectuadas. Los faldellines ya descritos y los cobertores púbicos, que son las únicas vestimentas usadas. Específicamente los cobertores son una especie de telas de fibra de totora unida por cordelillos, combinadas con un fragmento tejido de algodón con la misma técnica.

También fueron hallados tejidos de malla, numerosos restos de cordelillos, cestería y esteras de totora. Fragmentos de redes, morteros para la preparación de pinturas, piedras de moler, pesas líticas, arpones, anzuelos de cactus y un encendedor de madera.

Además, en este lugar que presenta una ocupación de pescadores, se encontraron cuchillos de conchas de moluscos; lascas de cuarzo, preparadas como elementos cortantes, bolsitas de cuero con tintes de color rojo, entre otros pequeños objetos, más restos vegetales para la confección de vestimentas.

Arpón de madera y hueso.

Faldellín doblado, tal como fue encontrado en el sitio ceremonial.

Pintura rupestre con forma de sol.

Soles del atardecer

Entrando a la cueva existe una gran cantidad de pinturas rupestres color rojizo. Un sol con rayos potentes se apega a la piedra que lo vio nacer hace miles de años, desde las manos de un artista chinchorro. Luego figuras geométricas abren paso a las profundidades de esta concavidad milenaria.

Las 111 figuras identificadas se encuentran en dos paneles. Uno ubicado al costado derecho y el otro sobre rocas irregulares al fondo en línea recta a la entrada. Hay figuras antropomorfas, zoomorfas y geométricas. Varios tipos de soles, con punta y sin punta; lagartos, camélidos y sapos.

Estas pictografías son entendidas por varios autores como una representación de la realidad humana y espiritual, en este lugar de encuentros y despedidas.

Pinturas rupestres en la cueva denominada
La Capilla, zona costera de Arica.

Lo simple, a veces es sublime

Una rústica cuerda de vegetal torcida, elaborada por las manos de los chinchorros hace miles de años, se transforma hoy en un testimonio de esa vida simple, en el sentido de los escasos atuendos y vestimenta usada. Compleja, sumamente compleja, si sumamos las dificultades para cazar sus alimentos, sumergidos la mayor parte del tiempo en el agua salobre, sin condiciones higiénicas, ni contextos de abrigo adecuados.

En los tiempos largos del día a día, un grupo humano se dedicaba a pescar, a cazar animales y aves, a ejercer la momificación cotidiana de los difuntos y a elaborar herramientas, vestimentas y algunos ornamentos para su cuerpo.

Lo más desarrollado, de acuerdo a sus necesidades, eran las distintas herramientas para obtener el preciado alimento de subsistencia. Así, día a día, por años, por cientos de años, por miles de años, este pueblo se acompañó de estos accesorios utilitarios, los cuales aún son posibles de observar en los museos, a unos pocos centímetros de nuestra humanidad.

Bolsa tejida en fibra vegetal.

Cobertor púbico elaborado en fibra de camélido.

Bolsa con técnica de red en fibra vegetal.

Arpones con asta de madera.

Faldellín de fibra animal.

Fibras vegetales y animales

Durante el día, los chinchorros usaban, indistintamente del sexo, faldellines de fibra vegetal macerada o de fibra de camélido. Un lazo en la cintura del cual pendían una serie de franjas que formaban una especie de cortina.

La otra prenda usada para cubrir los genitales eran los cobertores púbicos de fibra de camélido que también ataban a la cintura. Todo esto acompañado de un cintillo de totora.

A la hora de dormir, el clima no exigía mayor abrigo que esteras tejidas en totora o pieles de animales, hasta el otro día, en que el sol anunciaba partir de nuevo en las tareas que hicieron generalmente en el mismo lugar.

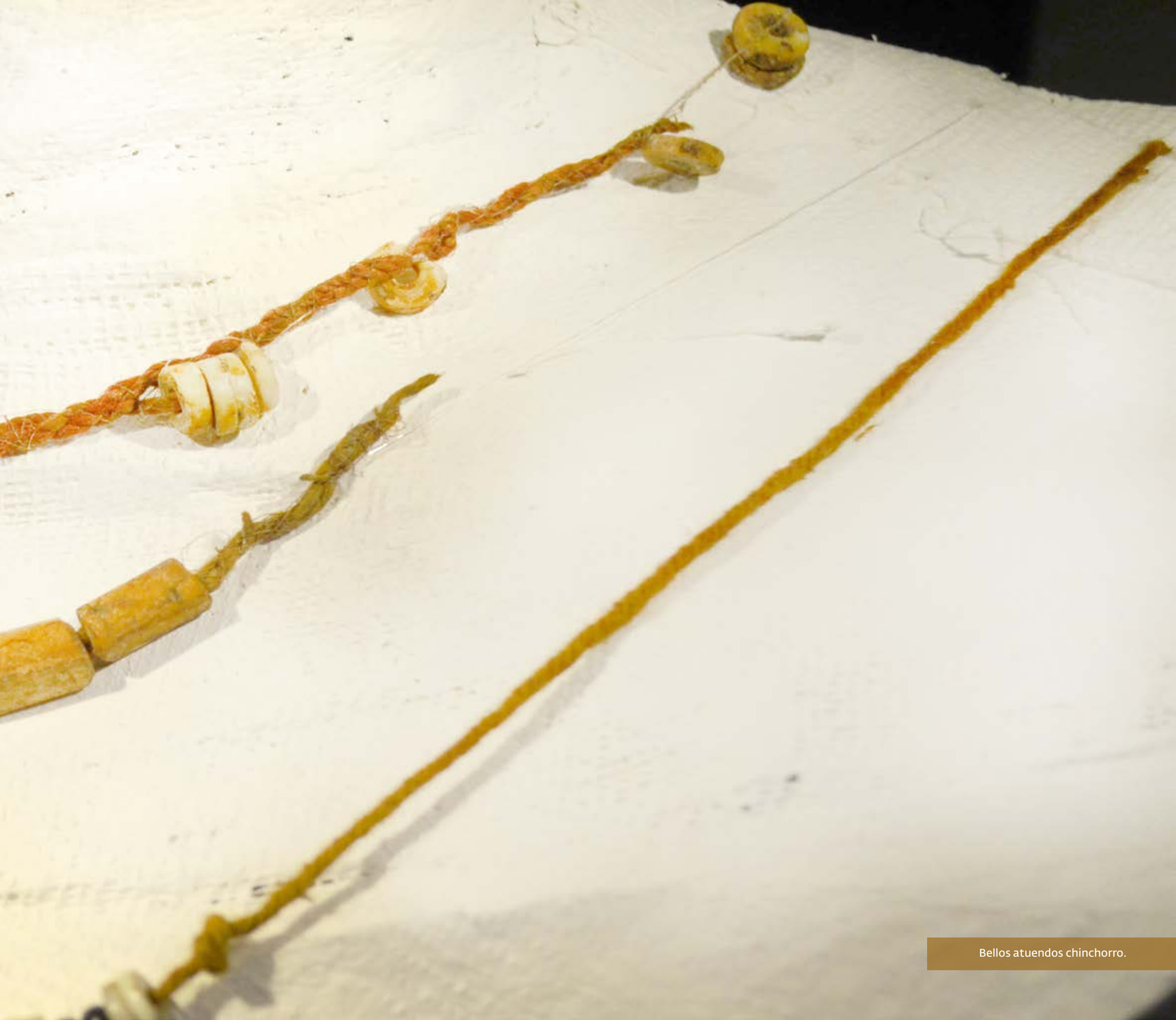
El brillo de la madreperla

Las conchas de moluscos fueron las materias primas para la elaboración de las escasas joyas chinchorro. Trabajaban cada pieza hasta dejarla muy parecida a las otras, que formaban parte de los collares hechos con delgados hilos de algodón.

También elaboraban pulseras con huesos, pendientes de piedra y conchas, además rudimentarios turbantes con fibras de lana de camélido.

Joyas chinchorro.

Collar de conchas marinas.



Bellos atuendos chinchorro.

Piedras talladas y maderas pulidas

Como alimentarse está dentro de las necesidades básicas, las herramientas elaboradas por esta población arcaica, para obtener los diversos productos de la naturaleza, son variadas.

Los hombres de la costa se prepararon para enfrentar de la mejor forma el escenario que tenían antes sus ojos. Fue así como tallaron piedras y le sacaron filo, luego armaron cuchillos líticos con mangos de madera pulida con los que faenaban y cortaban distintos alimentos.

El desconchado de los mariscos lo hacían a través de los mariscadores o chopes, hechos de costillas de animales marinos, los cuales tenían un mango de fibra vegetal enrollada en el extremo. Estos servían también para desprender los mariscos de las rocas.

El trabajo profuso sobre el mar que bordeaba su hábitat, llevó a este pueblo de pescadores a confeccionar distintos tipos de anzuelos para pescar. Algunos de moluscos, otros de espinas de cactus, huesos y fibras vegetales. Se complementaban con una lienza vegetal y una pesa de piedra alargada que provocaba el hundimiento del anzuelo.

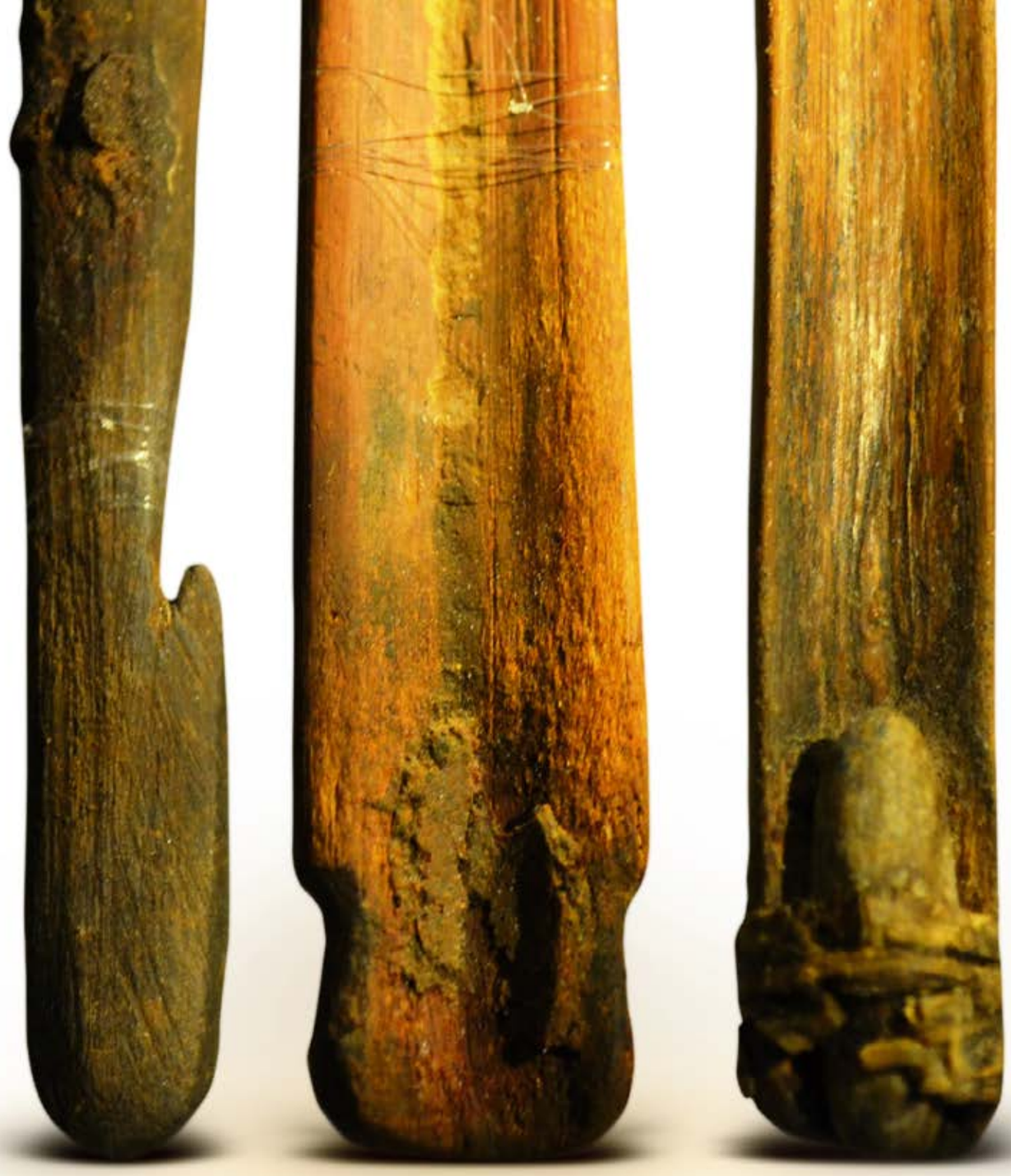
Se complementaban con una lienza vegetal y una pesa de piedra alargada que provocaba el hundimiento del anzuelo.

Elaboraban estólicas, un instrumento de caza que consistía en un astil con empuñadura y embocadura para el dardo; arpones de hueso, lanzas, cuchillos enmangados, bolsas de red, brochas vegetales y morteros para triturar las piedras de colores con las que se pintaban.

Anzuelo, mariscador y cuchillo lítico.

Pesa confeccionada en piedra para el impulso y hundimiento del anzuelo.

Cuchillos de piedra tallada.



Estólicas, instrumentos de caza elaborados en madera.

Tramas milenarias

En materia de tejidos hacían bolsas con distintos tipos de técnicas de mallas, usando materiales clásicos como las fibras vegetales. El chinguillo era una bolsa multiuso que mantenía una abertura permanente a través de una varilla y lo usaban dentro del agua para pescar, o afuera para recoger moluscos o trasladar sus herramientas.

También confeccionaban bolsitas de cuero para poner la tierra de color, esteras para el descanso nocturno y distintos cordelillos para usos variados.

En líneas generales, éste es el ajuar que tenían los chinchorros en su vida cotidiana, cuando el silencio sólo era rasgado por un ave marina, los murmullos de quienes estaban preparando el cuerpo para su viaje eterno, o las olas de la orilla, cuando la marea estaba mala.

Chinguillo, bolsa de fibra vegetal con técnica de red y un soporte de ramas arqueadas.

Capítulo 3

Rostros de colores para mirar la muerte

En la superficie de 510.000.000 Km2 que posee el planeta tierra, la cultura chinchorro ocupó un mínimo espacio al sur de América, para armar su vida hace 10 mil años, distinguiéndose a nivel mundial por contar con las momias artificiales más antiguas que datan de 7 mil años atrás.

Muchos cuerpos de estos habitantes que no contaron con lenguaje escrito, afloraron para verter su historia, a través de su disposición corporal, capas de tierra de colores sobre sus huesos, máscaras sobre sus rostros y habilidades para trabajar artefactos de pesca y caza. Más un sinfín de objetos simples, que aparecieron ofrendados junto a ellos, cuando avanzaron hacia el umbral de la muerte.

Las máscaras de colores emergieron, prolongando las tonalidades del desierto del norte de Chile, como una obra de arte que uniformó las diferencias que pudieron existir en la vida, mientras habitaban los faldeos de los cerros, dominando el gigante azul marino, base de su existencia.

Momia estilo negra de adulto, con detalles estilizados de rostro, ombligo y pene.

Los misterios milenarios

Las interpretaciones polisémicas de los principales tipos de momificación intencional de restos humanos, nos conducen a una de las culturas más misteriosas que habitaron Sudamérica. La preparación de los cuerpos con distintas técnicas, practicada a través de varios siglos, se ha convertido en una incógnita, que se puede dilucidar desde diversos puntos de vista.

Esta práctica mortuoria se podía deber al culto a sus antepasados; al bosquejo del sentido de la territorialidad; a la preocupación por el más allá, y a la conexión que sentían las madres con sus hijos muertos al nacer o antes que el proceso de la gestación finalizara.

Las primeras momias artificiales fueron de infantes encontrados en Camarones, una caleta ubicada a 105 kilómetros al sur de Arica. Es probable que la muerte de los niños se debiera a la cantidad de arsénico en el agua, el cual, de acuerdo a los actuales parámetros de medición, sobrepasaría la norma mundial por 100 veces.

Al morir tantos niños envenenados por el medio ambiente, se producía un dolor emocional muy fuerte en los padres y la comunidad, dándose curso a la momificación artificial para mitigarlo. Entonces, la momificación de los muertos sería el resultado cultural ante el arsenicismo, fenómeno del ambiente que aniquilaba a la población, especialmente la que venía en camino según lo planteado por el antropólogo físico de la Universidad de Tarapacá, Bernardo Arriaza.

Momia con cintillo y mascarilla facial.

Momia estilo rojo con la boca abierta.

Despedida con ojos abiertos

Si fallecía un integrante de la cultura chinchorro, su cuerpo era destinado a ser momificado con la técnica establecida en ese momento. Eso significaba que le extraían las partes blandas y rellenaban en general con maderos, fibras vegetales y arcilla. También los desollaban y la piel en forma de tiras era reutilizada para envolverlos, les ponían pelucas hechas con cabello de otras personas de la comunidad o penachos de plumas.

Dependiendo del tipo de momia predominaban distintos colores y atuendos, algunos cintillos envolvían levemente las cabezas y el vestuario de diversas fibras cubrían simbólicamente su intimidad. Es lo que acompañó a través de miles de años a estos cuerpos inertes y pesados, con los ojos y la boca abierta, como prolongación de la vida.

Las momias artificiales las mantenían por meses o años junto a la comunidad, ya que las consideraban parte de ella, como seres vivos. Una vez que se sumaba un número mayor, se procedía a su entierro masivo, envueltas en esteras vegetales.

Los chinchorros cuando llegaron a la declinación de estas prácticas ancestrales, no desaparecieron, sino que generaron otras poblaciones que mantuvieron su tradición marítima costera a lo largo del tiempo.

Cuando el color es la señal

Desde que la primera momia apareció en el escenario del norte grande, su estudio desde las diversas disciplinas no se detuvo. El resultado de muchos hallazgos, con diversos tipos de momias, generó una clasificación por parte del arqueólogo alemán Max Uhle en 1919, resultando tres categorías, las más comunes, que son las momias naturales; luego, de preparación compleja y, finalmente, revestidas con pátina de barro.

Setenta y seis años más tarde, el antropólogo físico Bernardo Arriaza, investigador de la Universidad de Tarapacá, creó un nuevo sistema de clasificación, basado en el color y en el tipo de momificación.

Las momias clasificadas como de estilo complejo son las más antiguas, entre ellas las momias negras, parecidas a una rígida estatua hecha con un esqueleto humano reforzado. El color negro, dado por la pintura de manganeso, está asociado a esta necesidad de prolongar la vida más allá de la muerte, simbolizando lo desconocido.

De todas las momias negras encontradas, una de ellas tiene el cuerpo con bandas rojas y amarillentas en el tronco y los brazos; y otra decorada con líneas verticales en su máscara facial. Lo que puede indicar un cambio en la mirada del mundo o, simplemente, experimentación de tonalidades de colores.

Los cuerpos desecados que formaban las momias rojas estaban rellenos con diversos materiales, estos mismos eran envueltos con piel humana o de animales, formando las momias vendadas.

Después, aparecen momias más simples, a las que sólo adicionaban una cubierta de barro, denominándolas momias con pátina de barro. Estas se dividían en momias cuyas vísceras habían sido o no extraídas.

Momia negra con franjas de colores.

Estera de totora tejida por los chinchorros,
usada para enterrar los cuerpos.

Complejidades intencionadas

La momificación artificial es la que origina las momias chinchorro, a las que se les realizaba un tratamiento complejo, que podría haber demorado semanas, tiempo ocupado para procesar los cuerpos íntegramente por dentro y por fuera con distintos materiales. No había distinción de edad ni de sexo, con este estilo se momificaba hasta los fetos, que después fueron llamados momias estatuillas, por su belleza singular. En este tipo de momificación se encuentran las momias negras, rojas y vendadas.

Momia estilo negra de adulto.

Desierto momificador

El desierto y su suelo salino fue capaz de preservar naturalmente los chinchorros, a los cuales no se les hacía ningún tratamiento, ya que no fue necesario, pues de la evaporación de fluidos y partes blandas del cuerpo se hizo cargo la aridez del clima. Así surgen las momias naturales, encontradas muchas de ellas en los faldeos del Morro de Arica, en Camarones y en el desierto de Atacama.

Alrededor de 130 momias de este tipo han aparecido en posición extendida, algunas con las piernas levemente dobladas o de espaldas. Los cuerpos eran rodeados con esteras de fibras vegetales tejidas y pieles de camélidos, llevando junto a ellos algunos objetos que eran parte de su vida doméstica, como cuchillos líticos, anzuelos y otros implementos de pesca y caza.

Momias negras

Alrededor de 20 momias negras, de adultos y jóvenes chinchorros de ambos sexos, son las que existen, producto de las excavaciones y que terminaron convertidos en bellas estatuas cubiertas con una oscura capa de pintura de óxido de manganeso abrillantado. Eran las más difíciles de materializar, por el trabajo que implicaba desarmar los cuerpos, sacarles las partes blandas, cortar huesos, y luego reconstruirlos. Una gran faena, que sólo podían realizar los especialistas.

El cuerpo era desestructurado, le cortaban la cabeza y las extremidades superiores e inferiores, las cuales eran expuestas al sol para secarlas o colocadas en sal para evitar su descomposición, mientras daban curso afanosamente a las otras etapas. Con gran habilidad les sacaban la piel, excepto las áreas complejas como los dedos de las manos y los pies. El cuerpo era despojado de la carne y las vísceras, dejando como resultado un esqueleto limpio y seco, gracias al uso de brasas y cenizas calientes.

El cuero cabelludo y la carne del rostro se los extraían con filudos cuchillos de piedra o de cuarzo y, luego, cortaban el cráneo para sacar el cerebro, en cuyo lugar, una vez seco, ponían cenizas, tierras, arcillas y pelos de animal. Cerraban el cráneo y lo aseguraban junto a la mandíbula con cuerdas, adicionándoles una pasta de tierra arcillosa con la cual formaban las facciones.

Momia de infante estilo rojo, cráneo relleno con plumas.

Para que todo calzara mejor, a veces desgastaban los huesos, atándolos luego con cuerdas vegetales en sus articulaciones. Usaban palos delgados, de distintos tamaños, muchos con las puntas afiladas, para la columna vertebral y las extremidades, insertándolos en la cabeza, con tal de que el cuerpo, finalmente, se convirtiera en la añorada y compleja estatua negra.

En las piernas los palos los embarrilaban con cuerdas de totora, ofreciendo así la rigidez a la estructura del esqueleto, agregando algunas veces trozos de fibra vegetal para darles mayor resistencia y volumen. Los brazos eran unidos al tronco en forma parecida, pero en vez de maderos les ponían junquillos u otras fibras vegetales, las cuales partían desde una muñeca hasta la otra, dando una vuelta por el pecho.

Finalizado este proceso, que demuestra conocimientos básicos de anatomía, modelaban el rostro y el resto del cuerpo con arcilla de color gris claro, restableciendo en parte el volumen original de cada individuo, cuyo sexo también era definido a través de esta pasta de tierra. Lo que seguía era la reposición de la piel, que se hacía con piel humana o animal, enrollándola en algunos casos o poniéndola en forma de parches, lo cual no sucedía en su totalidad, quedando algunas momias sin piel en algunos sectores de su cuerpo; en la cabeza ponían pelucas de cabello humano negro, probablemente del mismo cuerpo, sostenida con la pasta de arcilla y piel de lobo marino.

Finalmente pintaban la momia de color negro con una delgada capa de manganeso, con la que se lograba dar forma a las facciones de la cara. El proceso se terminaba, una vez que el cuerpo estaba seco, con un taparrabo, una diminuta vestimenta de tejido vegetal.

Momias rojas

Son 82 momias encontradas en distintos sitios, tratadas con óxido de hierro, que fue la base del color que dio origen a la tipificación de las momias rojas, cuya tonalidad indica cambio y conexión con la vida eterna. Las largas pelucas son otro elemento distintivo y el delicado sistema para extraer las partes blandas de su estructura física.

Los cuerpos no eran desarticulados, les hacían diestros cortes con cuchillos con puntas filosas de piedra en los hombros, el abdomen y la ingle, extirpando los músculos y órganos internos en forma total o parcial, cuyas cavidades secaban con brasas. Extraían en forma mínimamente invasiva las partes internas, no quitaban la piel en su totalidad, ni tampoco desgastaban los huesos, pero sí usaban palos para darle mayor rigidez al cuerpo.

La cabeza era lo único que separaban totalmente del tronco, vaciando el cráneo a través del orificio de la parte baja de éste, para posteriormente rellenarlo con cenizas, lanas, plumas y tierra, entre otros materiales usados en las cavidades que habían sido vaciadas, en un intento por recuperar la forma original. Las incisiones eran zurcidas con agujas de espinas de cactus o huesos, y con cabellos humanos o finas fibras vegetales. Para que no salieran de su sitio, el cuello, las muñecas y los tobillos eran reforzados con tiras torcidas de totora o cuero de animal.

El rostro lo formaban con una capa de arcilla color gris, luego devolvían la piel que habían quitado sobre esta pasta y lo pintaban con manganeso, color que era mantenido, aunque a veces variaba entre negro y rojizo. Una peluca de mechones de cabello humano, hasta de 60 centímetros de largo, era pegada sobre la cabeza con pintura de manganeso.

Cuando estaba todo listo, la pintura de óxido de hierro cubría el cabello y el cuerpo, y las momias rojas, a las que les agregaban taparrabos, iniciaban su tránsito a la eternidad, envueltas en mortajas de cuero o fibra vegetal.

Momia con cintillo y mascarilla facial.

Momia vendada con franjas de piel humana.

Momias vendadas

Sólo tres pequeñas momias de infantes dan cuenta en forma exclusiva de este tipo de tratamiento, cuyos cuerpos eran envueltos con tiras de dos centímetros de ancho de piel humana o animal. Uno de los hallazgos incluyó piel de pelícano en la envoltura.

Estas momias eran una mezcla de las anteriores, pues les quitaban la piel y usaban palos para reforzarlas, igual que las momias negras, para luego envolverlas con tiras de piel y pintar su cuerpo de rojo. La cabeza y el rostro eran tratados en forma parecida a las momias rojas, pero su faz era pintada con manganeso negro.

Momias cubiertas con pátina de barro

Se ha encontrado un total de 27 momias cubiertas con pátina de barro, de adultos y jóvenes de ambos sexos, que dan cuenta del tratamiento más simple de momificación artificial, que implicaba una fase inicial donde los cuerpos eran ahumados.

Después de este proceso eran completamente revestidos con una pasta espesa formada por tierra y arcilla, más un pegamento proteínico, los que formaban una barrera para la descomposición.

En este estilo de momias, cuyos cuerpos no fueron reforzados con maderos, sólo a una de ellas le extrajeron las vísceras, el espacio fue después rellenado con arcilla. No eran trasladadas de un lugar a otro, sino que se preparaban en el mismo lugar donde iban a quedar para siempre sepultadas, casi pegadas a la tierra, con su rostro de colores, para mirar la muerte.

Niña momificada estilo rojo con peluca y cintillo.

Capítulo 4

Los eternos niños chinchorro

No alcanzó a formar su cuerpecito. Abruptamente y, sin sus extremidades, dejó de seguir el curso de la vida. Su delicada columna vertebral, costillas y pequeño cráneo, son el testimonio de esa ruptura uterina. No nació, pero igual fue parte de la comunidad, que se preocupó delicadamente de su final.

Menos de 15 centímetros mide la momia chinchorro más pequeña de la que se tiene conocimiento, en un universo de alrededor de 60 momias de niños preparadas artificialmente con procedimientos únicos en el mundo. El pequeño embrión también comparte esta exclusividad, con su larga cabellera negra, el atuendo que lo acompaña hace miles de años.

La emoción y curiosidad no son ajenas ante las evidencias de esta ceremonia mortuoria, que incluye el tratamiento de embriones, fetos e infantes de diversas edades, desde recién nacidos hasta 13 a 14 años, por parte de los integrantes de la cultura chinchorro.

Fue este árido escenario, el elegido por los pescadores recolectores, para quedarse en la última estación de la vida. En la quebrada de Camarones, a 100 kilómetros al sur de Arica, encontraron las momias artificiales más antiguas y pertenecen a infantes de 7 mil años atrás.

El tratamiento funerario de los fetos humanos, a la fecha no tiene un referente en el mundo, por eso cada vez llama más la atención. Lentamente, capa por capa, la tierra desértica evidenció lo que estaba bajo ella en los distintos cementerios chinchorro, niños momificados con complejas modalidades.

Estos frágiles cuerpecitos fueron reforzados con ramas y embarrilados con fibras vegetales, convirtiéndose en diminutas momias negras, con perfiles acabados en manganeso; rojas, con largas y abundantes cabelleras; con pátina de barro y hermosamente vendadas, con tiras de piel humana.

Esta cuidadosa preparación probablemente cumplía con la esperanza de que existiera una segunda oportunidad de vida, preservando a los niños como un acto de amor por parte de su grupo familiar.

Embriones momificados

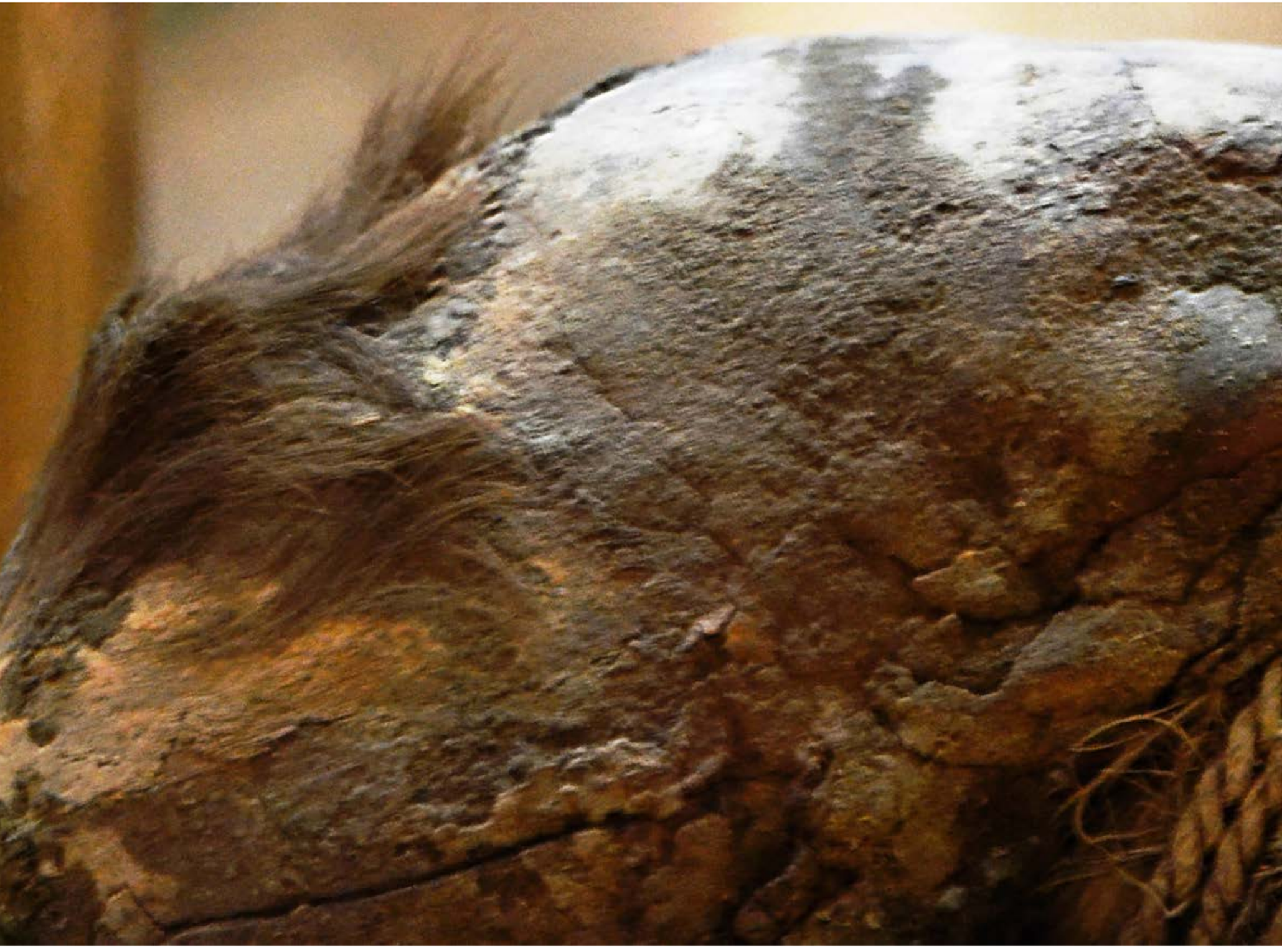
Los fetos se convirtieron en pequeñas estatuillas, como efigies pulidas por el tiempo. Junto con la tecnología se descubrieron algunas de ellas, ya que antes estaban ahí, sin claridad respecto a lo que había más allá de la capa de arcilla modelada.

Algunas de estas pequeñas momias, enterradas junto a los demás cuerpos, sólo se descubrieron que contenían restos humanos, cuando se les hizo un escáner y se revelaron esqueletos parciales o completos.

Infantes precursores

En la quebrada de Camarones se encontraron 23 cuerpos en las excavaciones del año 1984, de los cuales sólo los cinco niños existentes estaban momificados artificialmente. ¿Cuál fue la razón? Las respuestas sobre el origen de la momificación están surgiendo décadas después y son varias, dependiendo de las interpretaciones de los diversos autores.

Para el investigador de la Universidad de Tarapacá, Bernardo Arriaza, estaría relacionada con el nivel de arsenicismo existente en la zona, sobre 100 veces más de lo que hoy es recomendado. Este elemento químico provoca abortos espontáneos y nacimiento de niños prematuros, lo cual implicó que las mujeres chinchorro tuvieran tasas de abortos más altas que otras poblaciones.



Niños visibles

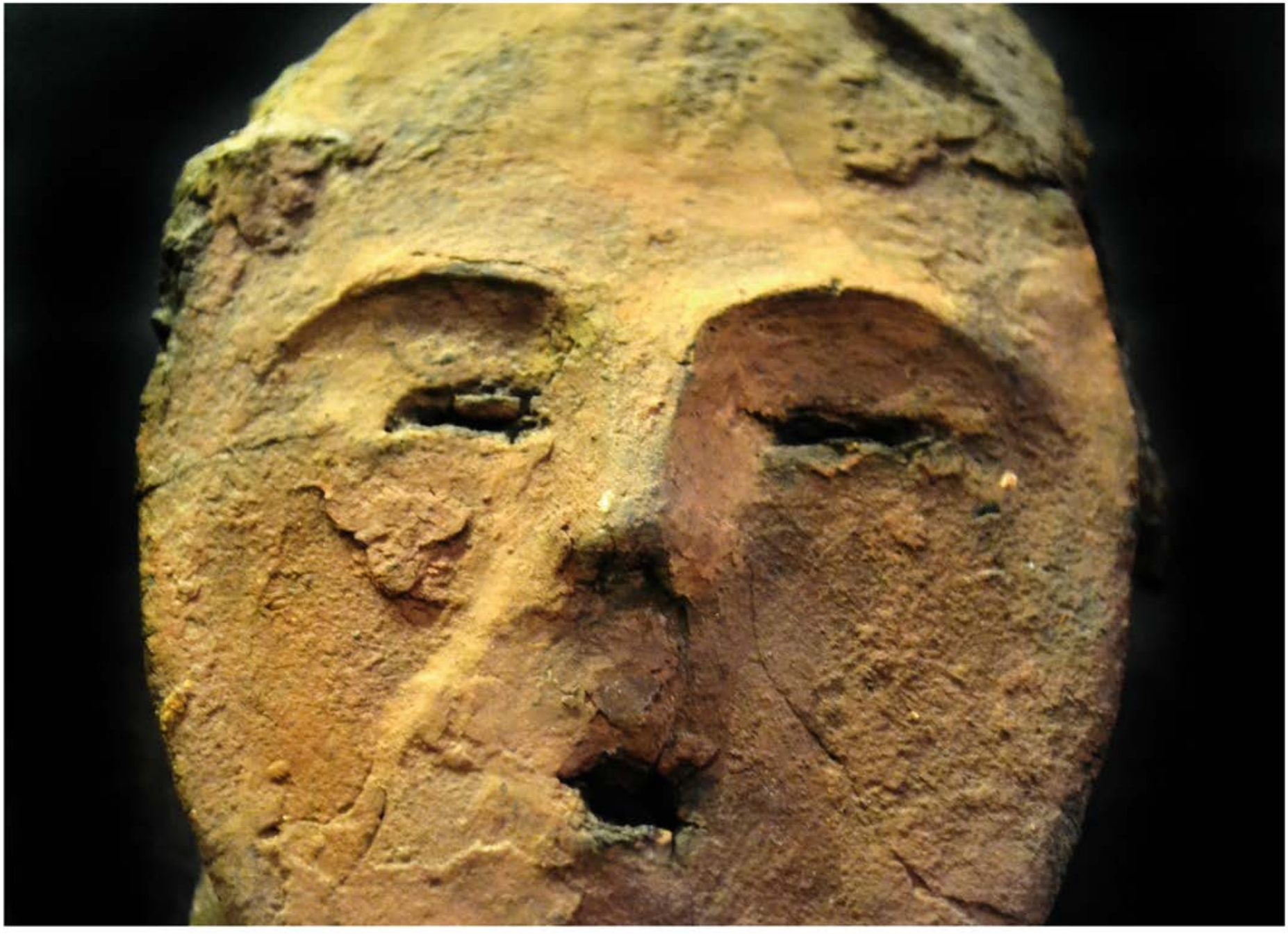
Los niños en general se invisibilizan dentro del grupo de las momias, pero empiezan a aparecer estos pequeños cuerpos con todo su ritualismo funerario, dando señales de la valoración por parte de su grupo social.

En los contextos mortuorios se han encontrado en varias oportunidades a los infantes sobre el pecho de mujeres adultas, que podrían o no ser sus madres.

Claramente queda establecido un fuerte vínculo con quien le dio la vida, punto de vista que varía de acuerdo a las distintas interpretaciones. Estas momias, parecidas a efigies funerarias, generan el vínculo como imágenes votivas entre los vivos y los muertos, tesis de la antropóloga de la Universidad de Tarapacá, Vivien Standen.

Además de los niños que están sobre los cuerpos de mujeres adultas, ofreciendo una imagen maternal; otros se han encontrado al lado o bajo ellas con un sentido de cuidado y protección.

En general, en las diversas culturas los niños reciben menos atención, especialmente los que no alcanzaron a nacer, por eso es relevante la momificación chinchorro, que de cierta forma muestra la importancia de este grupo en la sociedad, el cual era honrado, haya o no aportado materialmente a ésta.



Los ritos de la muerte

Después de la momificación, los cuerpos continuaban presentes en la comunidad, participando en ella más allá de la muerte, aspiración de eternidad del ser humano, que los chinchorros materializan de esta forma. Estar ahí significaba ser uno más, no irse antes de lo previsto.

Las rígidas momias con capas de barro eran exhibidas un tiempo entre los vivos hasta que decidían el entierro colectivo, que bajo tierra seguía eternamente intacto en las esteras de totora y en el ambiente natural, que actuó como preservante por miles de años.

La momificación puede ser interpretada libremente desde distintos puntos de vista. La negación de la muerte a través de la prolongación de la vida momificada, con los ojos abiertos, mirando el infinito; con los brazos extendidos, esperando el abrazo; con los cabellos largos, listos para ser peinados.

Rostros con formas estilizadas, genitales intactos y bocas abiertas para gritar desde el silencio, son parte de este proceso de descarnación y cambio por pieles ajenas para seguir la ruta milenaria.

Los niños fueron asegurados en este viaje, solos o acompañados de un pecho materno que no alcanzó a darles alimento; pero siempre bellos, como estatuas rígidas que no corrieron por la orilla del mar, pero que nunca se fueron...

Capítulo 5

Caleta Camarones, donde el tiempo se detuvo

A 100 kilómetros al sur de la ciudad de Arica se encuentra la caleta de Camarones, la cual cuenta con un pequeño muelle. El nombre sugiere la crianza natural de crustáceos, que habitan en las aguas dulces del río desde hace miles de años.

Es un bello lugar, paradisíaco, donde reside actualmente medio centenar de personas, teniendo como sustento principal la pesca y extracción de moluscos; como emulando la tradición de miles de años, cuando los integrantes de la cultura chinchorro hacían lo mismo, pero sin el aparataje técnico de la actualidad.

El lugar fue ideal para vivir hace 7 mil años y lo sigue siendo. Hoy conviven esa historia de los primeros habitantes del sector y los actuales, que cuidan los vestigios que aparecen para asombrar a los visitantes, que llegan desde todos los puntos del planeta a este museo natural.

Camarones nunca dejará de estar vinculado a la cultura de las momias artificiales más antiguas del mundo, porque fue allí donde se descubrieron muchas de ellas y marcaron un hito en la investigación arqueológica.

Otra poderosa razón es que es posible encontrar in situ varias evidencias del paso de los chinchorros por este lugar, parecido a lo que fue Arica y sus faldeos del morro, donde hubo numerosos hallazgos hasta que apareció la urbe, dejando mínimo espacio físico al tesoro que yace bajo tierra.

Con la llegada de la carretera se mejoró el acceso a la caleta y el trayecto es corto para acceder a la caleta y lo que queda como testigo viviente de un pasado. Los conchales milenarios de cinco metros; el cementerio al aire libre que amenaza con desplomarse; los pies untados de color negro que asoman por las totoras; y los morteros completos o partidos en dos, en tres, en mil pedazos, pululando por las orillas marinas.

Restos de tejidos de totora entre la tierra, parecen joyas milenarias que asoman para existir miles de años después. Todo ello en la caleta Camarones, donde es posible admirar los restos de una cultura cuyos cuerpos se eternizaron en sus complejos sistemas de momificación.

Trayecto verde

La caleta de Camarones se ubica en la comuna que lleva el mismo nombre, es parte de la Provincia de Arica y su municipalidad se encuentra en el poblado de Cuya.

Aquí llega transversalmente el valle de Camarones, de vegetación frondosa y baja, que termina, en el punto exacto de la desembocadura del río, que también posee el mismo nombre. El color verde acompaña este trayecto, hasta que la arena tostada le pone el disco pare, que implica dar paso a la salinidad del océano Pacífico, sustento principal de los habitantes del lugar.

La playa se alarga desde un lugar abierto, ubicado a la entrada de la caleta, hasta el muelle. Una parte de ella se encuentra bajo los acantilados marinos y genera bellos refugios privados.

Benditas evidencias

Camarones es un espacio rural que no está intervenido y aún es posible encontrar restos sin alterar. Existen evidencias de cuerpos, extremidades, cráneos y tejidos vegetales que quieren emerger desde su encierro, apareciendo por la acción del viento que barre lentamente la tierra seca de la falda del cerro.

Las momias artificiales de Camarones son las más antiguas de la historia de esta cultura, pues aquí se dio inicio a la momificación artificial. Se encontraron los primeros infantes momificados artificialmente, lo que podría implicar un gran honor para los niños fallecidos, por su reconocimiento social. De acuerdo a las teorías, podría ser una respuesta cultural espiritual al arsenicismo, que provocaba dichas pérdidas en gran cantidad, por lo tanto, un gran dolor, que en parte se paliaba con estos cuerpos presentes en la cotidianeidad como uno más del grupo.

En esta caleta se hallaron las clásicas momias negras, además de un cementerio y lugares de actividades domésticas, como los conchales milenarios, que implicaban señales de la vida sedentaria de estos habitantes diestros en la tecnología pesquera.

Actualmente, las evidencias de esteras vegetales afloran en varios espacios, como también se deslizan algunos cordeles trabajados con torsión simple, indicando que bajo la tierra continúa la historia de esos habitantes costeros que dejaron un escenario plagado de señales.

Dominaron la anatomía humana, los ungüentos de arcilla y tierras de colores. Ritualizaron sus muertes y eternizaron sus vidas, hasta hoy, en este lugar donde la tierra habla.

MUSEO UNIVERSIDAD DE NARAGUA

Capítulo 6

Universidad de Tarapacá. Custodios de un tesoro

Las momias chinchorro trascienden su propia historia y se encuentran en muchos lugares bajo la tierra del norte de Chile, durmiendo el sueño eterno con espacios milenarios de silencios semánticos. Cada vez se habla y escribe más de ellas, pero ¿quién se encarga de estudiarlas, conservarlas y establecer un registro de colección digno de un legado?

La Universidad de Tarapacá es la institución que en su vínculo con la comunidad local, nacional e internacional, ha asumido la responsabilidad de custodiar este patrimonio. Para ello cuenta con profesionales especializados en arqueología, antropología, conservación, medicina, arte y diseño, al servicio del futuro.

La construcción de museos y salas específicas para mostrar vestigios de la cultura chinchorro; el equipamiento y laboratorios modernos; el persistente trabajo de los investigadores en terreno; las acciones de conservación y preservación de las colecciones que la Universidad de Tarapacá tiene en resguardo; el interés de las autoridades que rigen esta Casa de Estudios Superiores por tener en el centro de su agenda la atención por esta cultura, no son menores.

Un grupo multidisciplinario de primer nivel trabaja en torno a la cultura chinchorro en la Universidad. Algunos investigadores son el capital humano que se dedica en forma casi exclusiva, hace mucho tiempo, a investigar sobre la forma de vida de estos habitantes pescadores recolectores de historias milenarias.

Quien lidera la investigación es Bernardo Arriaza, bioarqueólogo, antropólogo físico y especialista en paleopatología. Su mayor aporte es la reclasificación de las momias artificiales y su hipótesis sobre el arsenicismo como elemento que justificaría la momificación artificial chinchorro. Además de difundir la cultura chinchorro de modo científico y educativo.

Vivian Standen es la otra antropóloga que trabaja en directa relación con los cuerpos en los distintos laboratorios existentes y algunos de sus estudios han estado enfocados al ritualismo mortuorio de los niños.

Al tema de preservación y conservación de las colecciones, que la Universidad de Tarapacá tiene en custodia, se dedica Mariela Santos. Conservación enfocada a prever los daños que se puedan producir con este delicado material.

Otro actor relevante es el encargado de la oficina de registro de la colección, Gustavo Espinosa, quien lleva el control de la ubicación de las piezas pertenecientes al Museo de la Universidad de Tarapacá.

Interior Sala Chinchorro

Interior Sala Chinchorro

Sala temática

La Universidad de Tarapacá cuenta con dos museos, uno en el valle de Azapa, San Miguel de Azapa y, otro, in situ en la calle Colón 10 en Arica, que le da el nombre al museo. En el primero existen cinco depósitos cerrados y ocho contenedores para guardar la colección.

Lo más reciente es la sala temática chinchorro, en la cual se ubicaron los cuerpos del depósito antiguo, el que había sido mejorado junto al sistema de embalaje. El edificio, construido especialmente para albergar una colección chinchorro a cinco metros bajo la superficie del suelo, refleja la mejor infraestructura del momento para la protección y puesta en valor de esta antigua cultura.

El Museo de sitio Colón 10, alberga un sitio arqueológico chinchorro, el cual fue descubierto fortuitamente, siendo dejado en forma intacta en el lugar, por el respeto a esas piezas y para exhibir el contexto en que fueron encontradas, pues las frágiles momias corrían el peligro de desintegrarse. En la actualidad es posible ver a través de la museografía los cuerpos tal como fueron enterrados.

Registros en línea

El registro de la colección chinchorro implica llevar un control de los vestigios,conocer el flujo de éstos y saber exactamente dónde está lo que buscamos en un universo de 80 mil piezas existentes. Las colecciones son de diversos periodos y provienen de las excavaciones de los arqueólogos precursores.

Al mejorar el sistema de registros se mejoran las condiciones de la colección, la que va aumentando en volumen cada vez que se va separando.

Hace aproximadamente 10 años que se está haciendo este registro de todo el material cultural existente en un depósito. Las colecciones antiguas están detalladas en fichas e inventarios, material que se ingresó a una base de datos digital con más información que sea efectiva a la hora de ubicar una pieza.

Las principales colecciones provienen de los cementerios excavados en los años 60, lo cual arroja una base de datos con 47 mil registros. Un registro puede ser una pieza, dos objetos, un lote de material o un cuerpo, dependiendo de cómo fue informado ese hallazgo.

La colección es todo el material patrimonial que en algún momento se excavó o fue donado. Contempla diversos materiales: maderas, restos biológicos, piedras y otros que quedaron como vestigios de las culturas pasadas y que fueron recolectados por los arqueólogos en sus trabajos de campo.

Seda cariñosa

Para velar por el patrimonio chinchorro, la Universidad, a través de sus profesionales, se preocupa permanentemente por evitar el deterioro de estas delicadas momias artificiales, y así resguardar una parte de esta historia en beneficio de las generaciones futuras. Si bien algunos cuerpos ya están dañados, la idea es que esto no continúe, para lo cual es necesario aminorar estos daños.

Los cuerpos se fortalecen con elementos externos y simples, se usa mucha seda, hilo de seda y papel japonés libre de ácido para dar pequeños puntos, que se adhieren con un adhesivo de almidón de maíz.

Las momias son depositadas en cajas donde usan como base arena de río lavada, para controlar la acidez.

Peligrosa humedad

El museo de la Universidad y sus integrantes protegen gran parte del tesoro chinchorro. Para que todo siga su ritmo, se manejan los medioambientes de los depósitos en que se encuentran los cuerpos, a través de un monitoreo permanente.

Existe un margen de humedad difícil de manejar ante las fluctuaciones existentes en el medio, por eso se instaló un equipo deshumidificador, que funciona en la medida en que se necesita, ya que la humedad provoca deterioro en los cuerpos, formándose una capa resinosa brillante.

Además del control medioambiental se utiliza iluminación de bajo impacto, con tal de proteger los cuerpos exhibidos y el material cultural rescatado.

El material expuesto por la Universidad de Tarapacá no es una muestra de cuerpos muertos, sino la de un grupo de momias artificiales junto a sus ajuares, tal como ellos algún día lo hicieron, mientras mantenían estas momias como estatuas entre los vivos, como un miembro más de la colectividad. Una forma de cumplir con el propósito de su eternidad, que traspasó las barreras del tiempo y la geografía de un rincón desértico, donde una forma de vida no quiere despedirse. Pero que las momias, sus artefactos, sus sitios y sus sueños continúen en el tiempo, es tarea de toda la comunidad.

Vista general Museo de Sitio Colón 10

Interior Museo de Sitio Colón 10.

Subsuelo del piso que alberga evidencias funerarias de la cultura chinchorro.

Referencias

Arriaza, Bernardo, 2003. Cultura Chinchorro: Las momias más antiguas del mundo. Editorial Universitaria.

Chungara, 1999. Revista de Antropología chilena. Volumen 31-2. Universidad de Tarapacá.

Chungara, 2001. Revista de Antropología chilena. Volumen 33-1. Universidad deTarapacá.

Santoro, Calogero y Ulloa, Liliana, 1985. Culturas de Arica. Serie patrimonio cultural chileno. Colección culturas aborígenes. Ministerio de Educación.

Documentos de Trabajo número 2. Departamento de Antropología. Estudio de las poblaciones costeras del extremo norte de Chile. Universidad de Tarapacá, 1982.

Los datos y la información que aparecen en este libro han sido obtenidos de entrevistas, investigaciones y publicaciones generadas por los investigadores de la Universidad de Tarapacá (UTA) que aparecen citados en los diversos capítulos; además de los profesionales a cargo de áreas específicas.

El material fue revisado en su contenido científico por el antropólogo de la UTA, **Bernardo Arriaza**, editor científico del libro.

Créditos fotográficos: Ada Angélica Rivas.

ISBN : 978-956-7021-44-4
Registro de Propiedad Intelectual Nº 246.336

Cultura Chinchorro

Del silencio a la eternidad